

EDUARDO CALSAMIGLIA:
REVALORIZACIÓN DE UN AUTOR OLVIDADO¹

Luis Gustavo Lobo Bejarano
Estudiante
Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje
Universidad Nacional

Resumen. Eduardo Calsamiglia Arias, el autor de *El combate*, es un escritor que ha sido injustamente olvidado. Tanto su vida como su obra giraron en torno a los personajes básicos de su época, y es -posiblemente- su filiación tinoquista, la que lo ha convertido en una referencia casi erudita. Su corta vida (38 años) le fue suficiente para que pudiera realizar una labor importante en el género dramático, junto con otros autores, como Daniel Ureña y José Fabio Garnier así como Carlos Gagini, para sentar las bases de lo que constituye la dramaturgia costarricense del siglo XX.

Esta ponencia busca, entonces, desmitificar al hombre, lograr, por parte nuestra, un acceso a la obra del poeta y dramaturgo, y sobre todo, revalorizar al escritor. El caso de Eduardo Calsamiglia es un caso interesante, no sólo por su ascendencia española sino por su legado poético y teatral de corte netamente romántico en una época donde el movimiento literario vigente era el modernismo. Esto es lo que nos interesa: revalorizar a un autor olvidado, y además darle al país las bases para poder analizar y valorizar la dramaturgia costarricense de este siglo. La vida y la obra de Eduardo Calsamiglia Arias, así como sus aportes a la literatura costarricense, son desconocidos para la gran mayoría no sólo de estudiosos, sino de interesados. Rescatémoslo del olvido, tras el velo que ciñó el misterio insondable de la muerte...

Eduardo Calsamiglia nació en San José, en el hogar formado por don Bartolomé Calsamiglia y Mestre, catalán radicado desde mediados del siglo pasado en nuestro país, y doña Eloísa Arias Rodríguez, el 22 de marzo de 1880. Su infancia fue feliz y holgada, lo que le permitió no sólo una vida tranquila sino obtener un conocimiento claro de la realidad europea desde niño. Su primer viaje a España lo realizó a los cinco años, y, posterior a éste, hizo otros al extranjero, sobre todo a Barcelona. En el último repatrió hasta Costa Rica los restos de su amigo, el poeta Aquileo J. Echeverría.

Calsamiglia desplegó, desde joven, una vida pública intensa, que se vio rodeada de una serie de personajes vitales para la historia del país. Su labor para las administraciones González Víquez y Jiménez Oreamuno no sólo revela el grado de capacidad, tanto para la milicia como para otros oficios que desempeñó, sino que también manifiesta el grado de confianza que se depositó en la figura del poeta. Sus funciones siempre fueron enmarcadas dentro de una labor que beneficiaría al ejército costarricense, para el que escribió, sólo para dar un ejemplo, su *Táctica de infantería*.

¹ Ponencia presentada en el VIII Congreso de Filología, Lingüística y Literatura y publicada en la *Revista Comunicación*, Instituto Tecnológico, Cartago, 11-22, edición especial, agosto 2002.

Sin embargo, no es ésta la faceta que nos interesa de Eduardo Calsamiglia. Su labor como poeta y autor dramático es lo que ahora reviste interés.

Si analizamos el período vital de Calsamiglia, veremos que dentro de la literatura se dio por entonces un movimiento que ha sido catalogado como el primero netamente americano: el modernismo. Sin embargo, será interesante descubrir que Calsamiglia nunca se adhirió al ismo jefado por Darío. Supo mantenerse al margen de él y, por ende, logró ofrecernos, en su obra literaria, una visión muy propia del romanticismo decimonónico, que ya había conocido en sus viajes por tierras de España. Sus críticas más duras al modernismo se las dedicó a su amigo el poeta Lisímaco Chavarría en su poema “Praxitélica”.

Tus silépticos giros idiomáticos
son tormentos de cálamos satíricos;
tú dominas el plectro de los líricos
lo mismo que la pluma de los áticos.

Constenlas la sáxatil madreselva
con la orquídea gentil, que en los alcores,
para los estaláricos primores
de tus férvidos versos. En la selva,

bajo el glauco linamen de las hojas,
libas la soledad como los místicos

y pules el cobalto de tus dísticos
en la gama orquestal de las estrofas.

Tu curuscante lira aristocrática
encuentra en lo vulgar, sarcia de
jábaro;
por eso izaste el impoluto lábaro
de la escuela lugónica – cromática.

Eres el prodigioso lapidario
que hace del ónix cintilar fulgores...
Pero nunca te entienden los lectores
que no tienen a mano el diccionario.

Como se observa, Calsamiglia se burló, de la manera más fina que nos podemos imaginar, del quehacer literario modernista; definió el modernismo como la escuela “lugónica – cromática”. No se burló de Darío ni de Leopoldo Lugones, cuya obra es, como puede suponerse, una de las cimas de la poesía modernista, sino del quehacer literario del poeta modernista cuyo lenguaje oscuro y rebuscado no es compatible con su personalidad sencilla y tradicional. No nos sorprenderá el pensar que la obra lugoniana debe de haber influenciado, de manera determinante, el quehacer poético del ramonense.

Para 1909, ya Eduardo Calsamiglia había quedado prácticamente solo. Pese a que quedaba su hermano mayor, Juan Bautista, el poeta sentía la necesidad imperiosa de

una compañera: su deseo se vio cumplido cuando llevó a la señorita Celia Blen Ramírez al altar...

Celia Blen provenía de una distinguida familia formada por Adolfo Blen Muñoz, quien llegó a ser director de la Biblioteca Nacional y realizó una titánica labor con su Índice Bibliográfico, que fue -ciertamente-, el antecesor del trabajo más destacado que conoce nuestra literatura en ese campo y que realizara Luis Dobles Segreda.

Eduardo Calsamiglia cultivó el género sarcástico, tanto en el drama como en el verso. Sus aportes como poeta humorístico son verdaderamente notables. Prueba de esto son sus obras *El Diablo en el cielo*, en verso, y algunas de sus piezas dramáticas menores... Recientemente, estudiosos como Virginia Sandoval de Fonseca, Alvaro Quesada, Carlos Santander y Flora Ovares, entre otros, haciendo eco de las aseveraciones de Abelardo Bonilla, han analizado *El combate*, obra a la que Bonilla cataloga, sin equivocarse, digámoslo en honor a la verdad, como “la mejor del autor” (Bonilla: 1956, p. 203). Asimismo, Jorge Ramírez Caro ofreció a sus estudiantes en la Universidad Nacional un análisis serio del mismo drama (cfr. referencias bibliográficas al final). Antes de estos estudios, solamente existía la tesis de María Eugenia Rodríguez Valerín (cfr. referencias bibliográficas al final). Otros estudios, apenas lo mencionan. Tal es el caso de la tesis doctoral del escritor Carlos Francisco Monge, quien lo coloca, como es debido, cronológicamente, dentro de la generación modernista (Monge: 1991, 49). El resto de su obra, permanece en el más profundo de todos los olvidos...

Sin embargo, esto lo valoraremos más adelante. Basten por ahora las referencias. Narremos ahora el final de la vida del poeta.

Calsamiglia habíase mantenido activo, al servicio del gobierno costarricense, cuando sobrevino, el 27 de enero de 1917, el golpe de Estado con el que el general Federico Tinoco Granados puso fin al período presidencial de Alfredo González Flores. Calsamiglia conoció de cerca a los Tinoco (tanto a Federico como a su hermano Joaquín) y se dedicó a servir en los cargos donde fueran requeridos sus servicios. La amistad con los Tinoco era vieja: a Joaquín lo homenajeó al dedicarle su drama *Poderes invisibles*.

La historia de la caída del régimen es de sobra conocida: el pueblo se rebeló contra los desafueros del régimen tinoquista, y Federico Tinoco tuvo que dejar el poder, el 12 de agosto de 1919. Dos días antes, su hermano Joaquín había sido misteriosamente asesinado, misterio que se pasea como una sombra lúgubre, aún en nuestros días...

Calsamiglia había sido nombrado por la administración Tinoco como encargado de negocios ante el Gobierno de Guatemala, con rango de ministro plenipotenciario, en sustitución del Lic. León Cortés, quien abandonaba el cargo. La situación no era sencilla: Brenes Mesén había dejado la Secretaría de Instrucción en manos de Anastasio Alfaro, y Ricardo Fernández Guardia realizaba ingentes esfuerzos ante el gobierno norteamericano sin lograr nunca el reconocimiento internacional. Calsamiglia, fiel al Gobierno, a pesar del vil y alevoso asesinato de Rogelio Fernández Güell y sus compañeros y de otros tantos macabros episodios, falleció -inesperadamente, valga la acotación-, el 13 de diciembre de 1918 en la ciudad de Guatemala, a causa de un mal que nos puede parecer hasta ilógico: influenza. Sí. Una gripe común acabó con la vida de Eduardo Calsamiglia. (Una acotación marginal: Calsamiglia nunca pidió un día libre por enfermedad; más bien gozaba de excelente salud, pero la situación es más clara si recordamos que la primera guerra mundial provocó una epidemia mundial de influenza. Como si fuera poco, Guatemala había sido asolada por un violento terremoto en enero

de 1918, lo que contribuyó a agravar la situación. Las muestras de dolor del régimen de Manuel Estrada Cabrera no se hicieron esperar. Un mes después, los restos del escritor fueron repatriados.) Se llevaron a cabo unos solemnes funerales tal como correspondía a su rango de general, que le había sido otorgado poco antes de su muerte.

Claro está, a quienes tuvieron una filiación cercana con el régimen se les relegó al más completo olvido; pero es hora de que, nosotros haciendo caso omiso de los matices políticos de la época, reconozcamos que Eduardo Calsamiglia no es sólo uno de los pioneros del teatro costarricense sino que se trata de un grande y desconocido poeta no modernista, lo que lo constituye en uno de los casos más relevantes que ha dado la literatura costarricense.

Tal ha sido el resumen de la vida y el contexto sociohistórico en el que se desarrollaron la vida y la obra de Eduardo Calsamiglia. Informados como estamos, iniciemos, entonces, la verdadera revalorización que hoy, a finales del siglo XX, le debemos a este maravilloso exponente de la poesía y el teatro costarricense.

El teatro costarricense había comenzado a dar sus primeros pasos de la mano certera de Ricardo Fernández Guardia, con su obra *Magdalena*. Poco tiempo después, Carlos Gagini, con su juguete cómico *Don Concepción* marcó un hito en el teatro humorístico costarricense. Sin embargo, y a pesar de la gran pléyade de jóvenes dramaturgos que iban tomando importancia dentro de la literatura nacional, la figura de Eduardo Calsamiglia adquirió una trascendencia inusitada. Hagamos un recuento cronológico de sus obras y refirámonos a su importancia.

- 1898 *Versos y cuentos*. Con esta obra Calsamiglia se inicia como poeta lírico. Claudio González Rucavado se encargó de saludar al novel escritor.
- 1904 *Gordos y flacos*. Esta obra maestra de la literatura satírico-humorística fue escrita en colaboración con Óscar Baudrit, Próspero Pacheco, Tranquilino Sáenz y su amigo Aquileo J. Echeverría.
- 1906 *Táctica de infantería*. Aquí tenemos al Calsamiglia militar y estudioso de las estrategias necesarias para el correcto desempeño de un ejército. A pesar de que lleva como acotación “Tomo primero”, el segundo nunca fue publicado.
- 1908 *Las siete palabras*. Se trata de su revelación como poeta lírico. Lleva una dedicatoria a monseñor Juan Gaspar Stork, arzobispo de San José.
- *El Diablo en el cielo*. Verso. Se trata de una obra donde se entremezcla lo humorístico con lo filosófico. Fue publicada, en forma de folletín por el diario *La información*.
- 1914 *El combate y otras obras dramáticas*. El volumen contiene:
- *Poderes invisibles*, drama fantástico en un acto y en verso. Estrenado por la Compañía de Esperanza Iris y dedicado al amigo del autor, el general Joaquín Tinoco.
- *¡Él!*, drama en tres actos y en prosa. Dedicado a su amigo Claudio González Rucavado. Según (1981: 203), se trata de un drama de tipo policial. Fue estrenado por la Compañía de Miguel Muñoz.
- *El Combate*, drama en tres actos y en prosa. Dedicado a su amigo el periodista Modesto Martínez.
- *Resoluciones extremas*, diálogo en un acto y en verso, dedicado a Camilo Cruz Santos.
- *Al vapor*, diálogo en verso.

- *Un pecado mortal*, diálogo en verso.
- *¡Ni en el cielo!*, comedia en cuatro escenas y en verso.
- *Las opiniones de san Pedro*, condensación del primer capítulo de *El Diablo en el cielo*.
- *La comedia de la vida*. Sátira en un acto en prosa y en verso. Dedicada al licenciado don Nicolás Oreamuno.
- 1919 *Bronces de antaño*. Obra póstuma. Considerada como la mejor del autor por la crítica de la época, incluyendo a Joaquín Vargas Coto, quien se encargó de realizar la edición póstuma.

La obra total de Calsamiglia es, como puede observarse, heterogénea aunque existe una marcada preferencia por el género dramático.

Otro de los campos en los que se desempeñó Calsamiglia con mayor acierto, aun cuando no ha sido lo suficientemente valorado, es, ya lo comprobamos, el campo humorístico-satírico, hasta el de que se cuenta entre los autores del folleto *Gordos y flacos*, que se publicó en la ciudad de Heredia en 1904. *Gordos y flacos* es, a nuestro parecer, una verdadera obra cumbre del humorismo costarricense. Casi todos los estudiosos de la obra de Calsamiglia la han mantenido al margen de la obra “literaria”, sin observar que ella es la muestra más fehaciente de una literatura humorística cuyo último exponente, nos atrevemos a decir, fue Francisco Zúñiga Díaz. Lo que queda, es chabacanería.

El humor, como elemento literario, ha sido desafortunado: cuando ha tenido exponentes notables ha sido olvidado, y cuando no, esa chabacanería a la que nos referimos ha sido ensalzada como el verdadero humor tico, cosa que no es cierta. Inclusive, en un poeta tan reconocido como Aquileo J. Echeverría, lo que se ha valorado han sido sus *Concherías*, y su otra creación literaria, por más méritos que posea, ha sido deshechada.

La producción humorístico-satírica de Calsamiglia abarca tanto la poesía como el teatro. Los ejemplos más convincentes los encontramos, dentro del verso, en algunos poemas recogidos en su libro *Versos y cuentos*. En su obra *El diablo en el cielo* hay momentos de verdadero tino humorístico. Además, estos aciertos los encontramos en el resto de su obra dispersa que ya, por desgracia, difícilmente podrá ser recopilada. El mejor ejemplo lo tenemos en la sección, “Plato del día”, que le publicaba el diario *La información*. Afirmamos que su obra difícilmente podrá ser recopilada, debido a que Calsamiglia publicó mucho en periódicos y revistas de la época que, como *La información*, no se encuentran accesibles -tal es su estado de deterioro-, casi ni al investigador. Además, utilizó varios seudónimos, lo que, en ocasiones, dificulta la identificación de algunos textos.

En el género dramático, el mayor acierto en el campo humorístico lo presentan sus diálogos en verso, tales como “Un pecado mortal”, donde es visible el interés del cura por la joven penitente, o en comedias como la titulada *¡Ni en el cielo!*, donde podemos observar a un difunto que, merced a lo que ha sufrido en la tierra, se gana el cielo; pero, cuando llega y se da cuenta de que allí se encuentran sus tres esposas terrenas (la causa, dicho sea de paso, de que él se encuentre allí), su frustración es tan grande que llega a la conclusión de que el cielo lo gana cualquiera, y por tal motivo, antes que compartir la eternidad con ellas, prefiere pasar esa misma eternidad en la compañía de Lucifer. Estas son las obras que han hecho de Calsamiglia un gran maestro

del humor literario y que hasta el día de hoy se mantienen en el más profundo de los olvidos.

La otra gran vertiente que encontramos en la obra de Eduardo Calsamiglia, aparte del humorismo, es la parte filosófica, determinante en la vida y la obra de tantos autores más. El drama *Poderes invisibles* ofrece una clara muestra: se trata de la victoria del bien sobre el mal, representados -simbólicamente- por los personajes de Refulgente y Lucifer. El que esta obra esté dedicada a Joaquín Tinoco hace pensar que, en sí misma, puede tener algún simbolismo esotérico, bajo la gracia y la elegancia de un verso claro y sonoro. Esta acotación nos lleva a examinar un detalle que hasta ahora hemos pasado por alto: Calsamiglia nunca escribió teatro místico o de carácter religioso. Su espíritu liberal y positivista no se lo permitía. En el prólogo de *Bronces de antaño*, su obra póstuma, el poeta se confiesa practicante de esta doctrina:

Hace treinta y tres años, en este año de gracia,
que vivo entre las máquinas y entre la democracia;
soy hombre de este siglo del auto y del biplano,
siglo de mercaderes y de adocenamientos,
época en que deambulan, torvos y macilentos,
los quijotes que piden a la Esfinge su arcano.

En realidad, Calsamiglia no desconocía la literatura mística pues la ha de haber estudiado durante su estadía en Barcelona, ya que, si nos atenemos a las aseveraciones de Abelardo Bonilla, realizó estudios de literatura, aunque no los concluyó (Bonilla, 1957) pero lo que el mismo poeta dice en la cita anterior no deja lugar a dudas de su cosmovisión. Calsamiglia no se autodenomina ateo; al contrario, es creyente. Pero un creyente muy de este siglo. No se trata, pues, de que ignorase por completo toda la herencia literaria de sus ancestros, sino que la enfocó desde su perspectiva positivista e, inclusive, militar. Calsamiglia no solo fue, dentro de la corriente filosófica de su obra, un conocedor de la posición religiosa tradicional, incluyendo ritos y costumbres, sino que conoció de cerca las teorías y corrientes filosóficas que encontraron asidero dentro de los círculos políticos e intelectuales de principios de siglo. Este conocimiento fue aprovechado, sobre todo, en obras como *El Diablo en el cielo*, a pesar de sus partes donde el elemento humorístico es la base del texto. En otras obras utilizó aspectos meramente formales (la descripción del espacio en su diálogo *Un pecado mortal* es buen ejemplo de ello) y se rió de las costumbres por las cuales las mujeres se convierten en beatas, en este caso del catolicismo, sin importarles nada más. (La escena V de su obra *La comedia de la vida*, donde transcribe una conversación entre dos beatas, sirve para ilustrar este aserto). Todo este material, Calsamiglia supo aprovecharlo para legar su retrato de la sociedad en la que le tocó vivir.

Esto conduce al punto siguiente: la obra de Eduardo Calsamiglia como un reflejo de la sociedad de su época. No debe sorprendernos esta aseveración: Eduardo Calsamiglia supo establecer un nexo no sólo entre los personajes relevantes de su momento vital, sino entre la misma sociedad y el mismo momento histórico en que vivió. Abelardo Bonilla asevera lo contrario. Después de afirmar que Calsamiglia no se concentró y que no tuvo tiempo de realizar algo definitivo, dice:

Pero dentro de lo relativo fue un valor de época de nuestro teatro y, sin relación histórica o estética con nuestro medio, definió con acierto dos de sus personajes: don Rodrigo de Lara y el médico Arturo Mariscal de *El combate* (Bonilla, 1957: 204).

A pesar del gran peso histórico de las aseveraciones de Bonilla, no estamos en total acuerdo. Eduardo Calsamiglia no sólo reflejó la sociedad propia de su época sino que presentó dichos fenómenos en completa relación histórica con ella. Rubén Darío afirmó que la sociedad costarricense que él conoció era “una de las más europeizadas y norteamericanizadas” de América Central (Darío, 1976: 78). Si Rubén Darío, bastantes años después de haber vivido en nuestro país recordaba a la sociedad costarricense como europeizada y norteamericanizada, en el caso de Calsamiglia no nos encontramos ante un escritor que no tiene relación histórica con el medio en el que vive. Por el contrario, sus obras son el claro reflejo de esa sociedad patriarcal, oligárquica, europea y proletaria que constituyó no sólo una importante clase social, sino que se encargó de sentar las bases de lo que actualmente constituye nuestro régimen político y nuestro orden social. Más bien, creemos que la obra de Eduardo Calsamiglia no sólo es un reflejo de dicha sociedad sino que constituye en un ejemplo clarísimo de la visión del mundo de un integrante de dicha clase social. La cosmovisión que ofrece Eduardo Calsamiglia en sus obras, así sean líricas o de carácter dramático, es la visión del mundo de un hombre que, consciente de su labor, ofrece su propia percepción de “su” realidad, que supone compartida por los demás. Gracias a esta visión calsamigliana, podemos echar un vistazo a la Costa Rica que nos legaron nuestros abuelos. Podemos enfrentarnos con su realidad que es querámoslo o no, una herencia propia del español. No es, por tanto, extraño que un autor americano cuya herencia española es más que notoria hubiese incursionado en un tipo de drama como el drama heroico y nos mostrara que esa herencia social se encuentra presente en nosotros desde tiempo inmemorial...

Refiriéndose a *Bronces de antaño*, Rogelio Sotela, el gran poeta y estudioso de nuestra literatura afirma: “Obra póstuma y de gran valimiento, es *Bronces de antaño*, escrita en clásica lengua castellana y digna de la fama como *Aben Humeya*, la celebrada obra de Villaespesa” (Sotela, 1942: 209).

Por otro lado, *Bronces de antaño* parece no tener ninguna relación estética con nuestro medio, pues más se asemeja a una obra del Siglo de Oro español que a otra cosa. Sin embargo, si la vemos dentro de una perspectiva netamente histórica, veremos que su estética y su estilo literario tienen una justificación clara de su existencia. *Bronces de antaño* parece sentar las bases de algunos parámetros sociales y, por qué no, hasta literarios en Costa Rica. Esta obra nos ilustra, mediante una fábula, algunos aspectos de la sociedad española que, posteriormente, y aún hoy día, vemos en nuestra sociedad. Si en otras obras como en la ya citada Comedia de la vida, o en algunos diálogos, Calsamiglia se detiene a dibujar tipos ciudadanos, o en *El combate* se detiene a filosofar sobre el honor, en *Bronces de antaño* parece darnos los antecedentes más lejanos de todas sus obras: todo proviene de esa España que él ha conocido tan bien.

Calsamiglia os ha legado, en una producción dispar, los aspectos más relevantes de una sociedad que, hasta hace poco, tenía como modelo la sociedad española. Tal aserto se confirma si pensamos que, hasta bien entrado el siglo XX, la influencia del teatro español era más que notoria. Lo mismo con la música: la zarzuela constituyó uno de los paradigmas, inclusive, de creación nacional (el ejemplo más claro de una

zarzuela... ¡de tema indígena!, lo encontramos en *Toyupán*, del compositor cartaginés Julio Mata Oreamuno). ¿Podemos, entonces, o no, hablar de antecedentes, como se ha intentado esbozar aquí? Creemos firmemente que Calsamiglia no sólo fue un autor con una producción desigual, como se ha señalado, que vivió en una época que, por sí sola, le era anacrónica, sino que, en realidad, Calsamiglia tuvo el acierto de definir a dos personajes disímiles, pero similares en muchos aspectos, como don Rodrigo de Triana y el médico Arturo Mariscal, y el de dibujar, acertadamente, los tipos humanos ciudadanos en su gama más amplia: desde el sacerdote hasta el feligrés, desde el rico hasta el pobre, desde el rey hasta el plebeyo...

La labor de Eduardo Calsamiglia se cumplió con su muerte. Ahora es deber nuestro el rescatar su obra y ponerla a disposición del público interesado. Rescatando la figura y, sobre todo, su obra literaria, podremos sentar, con propiedad, las bases de -en mucho- nuestro quehacer poético y, sobre todo, las de nuestra dramaturgia. El teatro costarricense, justo es decirlo, es uno de los más y mejor desarrollados en toda la América Central y, sin pecar de exagerados, y uno de los mejores a nivel del continente. Pues bien, eso se debe sobre todo, a sus sólidas bases. Y una de esas bases la constituye la figura que hoy estamos tratando de revalorizar: Eduardo Bienvenido de los Ángeles Calsamiglia Arias. Nuestra labor ha sido el iniciar este rescate. Nuestra esperanza es que, dentro de algunos años, o quizás a partir de este momento, surjan nuevos investigadores interesados por los autores claves de la literatura costarricense que, por alguna causa, han sido injustamente olvidados, y que le otorguen al país no solo la alegría de rescatar a sus valores, sino de ir sentando las bases de lo que consideramos nuestra nacionalidad.

En nuestras manos está el hacerlo.

¡Manos a la obra!

San José – Heredia, octubre de 1999.

Referencias bibliográficas

- Bonilla, Abelardo (1957) *Historia de la literatura costarricense*, 2ª. edición: San José: Studium, 1981.
- Calsamiglia, Eduardo, *El combate y otras obras dramáticas*. San José: Imprenta Moderna, 1914.
- _____, *Bronces de antaño*. San José: Editorial Renovación, edición al cuidado de Joaquín Vargas Coto, 1919.
- Lobo Bejarano, Luis Gustavo, “Un poeta militar: Eduardo Calsamiglia”, inédito.
- Monge Meza, Carlos Francisco, *Códigos estéticos en la poesía de Costa Rica (1907-1967)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1991.
- Ramírez Caro, Jorge, “La nueva esfera de lo sagrado en la ideología patriarcal en *El combate* de Eduardo Calsamiglia”, en *Escena* 32-33, 1993-1994, 21-25.
- Rodríguez Valerín, María Eugenia, *Eduardo Calsamiglia: poeta lírico romántico, dramaturgo y poeta humorístico*, tesis para optar al grado de Licenciada en Filosofía y Letras, San José: Universidad de Costa Rica, 1962.
- Sandoval de Fonseca, Virginia, *Resumen de literatura costarricense*. San José: Editorial Costa Rica, 1978.
- Sotela Bonilla, Rogelio, *Escritores de Costa Rica*. San José: Imprenta Lehmann, 1942.

Quesada, Alvaro et al., *Antología del teatro costarricense 1890-1950*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1993.